



AR - DE - EN - ES - FR - IT - PL - PT

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
XXX JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA
SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Basílica de San Pedro
Lunes, 2 de febrero de 2026
[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, hoy, fiesta de la Presentación del Señor, el Evangelio nos habla de Jesús que, en el Templo, es reconocido y anunciado por Simeón y Ana como el Mesías (cf. *Lc 2,22-40*). Nos presenta el encuentro entre dos movimientos de amor: el de Dios que viene a salvar al hombre y el del hombre que espera con fe vigilante su venida.

Por parte de Dios, el hecho de que Jesús sea presentado como hijo de una familia pobre en el gran escenario de Jerusalén nos muestra cómo Él se nos ofrece en pleno respeto de nuestra libertad y en plena comunión con nuestra pobreza. En su obrar no hay nada coercitivo, sino sólo la potencia desarmante de su gratuidad desarmada. Por parte del hombre, en cambio, en los dos ancianos, Simeón y Ana, la espera del pueblo de Israel se representa en su cémito, como culmen de una larga historia de salvación que se despliega desde el jardín del Edén hasta los atrios del Templo; una historia marcada por luces y sombras, caídas y levantadas, pero siempre recorrida por un único y vital deseo: restablecer la plena comunión de la criatura con su Creador. De ese modo, a pocos pasos del "Santo de los Santos", la Fuente de la luz se ofrece como lámpara para el mundo y el Infinito se dona a lo finito, de un modo tan humilde que pasa casi inadvertido.

Celebramos la XXX Jornada de la Vida Consagrada en el horizonte de esta escena, reconociendo en ella una imagen de la misión de los religiosos y de las religiosas en la Iglesia y en el mundo, como exhortó el Papa Francisco: «Espero que “despertéis al mundo”, porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía» (Carta ap. A todos los Consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, 21 noviembre 2014, II 2). Hermanos y hermanas, la Iglesia les pide que sean profetas; mensajeros y mensajeras que anuncian la presencia del Señor y preparan su camino. Usando las expresiones de Malaquías, que hemos escuchado en la primera lectura, se les invita a hacerse, en su generoso “vaciarse” por el Señor, braseros para el fuego del Fundidor y vasijas para la lejía del Lavandero (cf. *Mal 3,1-3*), para que Cristo, único y eterno Ángel de la Alianza, presente también hoy entre los hombres, pueda fundir y purificar los corazones con su amor, con su gracia y con su misericordia. Y esto están llamados a hacerlo, ante todo, mediante el sacrificio de su existencia, arraigados en la oración y dispuestos a consumirse en la caridad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 44).

Sus fundadores y fundadoras, dóciles a la acción del Espíritu Santo, les han dejado modelos maravillosos de cómo vivir de manera concreta este mandato. En continua tensión entre la tierra y el Cielo, con fe y valentía se dejaron llevar, partiendo de la Mesa Eucarística, unos al silencio de los claustros, otros a los desafíos del apostolado, otros a la enseñanza en las escuelas, otros a la miseria de las calles, otros a las fatigas de la misión. Y con la misma fe regresaron cada vez, humilde y sabiamente, a los pies de la cruz y ante el sagrario, para ofrecerlo todo y reencontrar en Dios la fuente y la meta de toda su acción. Con la fuerza de la gracia, se lanzaron también a empresas arriesgadas, haciéndose presencia orante en ambientes hostiles e indiferentes; mano generosa y hombro amigo en contextos de degradación y abandono; testimonio de paz y de reconciliación en medio de escenarios de guerra y de odio, dispuestos incluso a sufrir las consecuencias de un obrar a contracorriente que los hizo en Cristo «signo de contradicción» (*Lc 2,34*), a veces hasta el martirio.

El Papa Benedicto XVI escribió que «la interpretación de la Sagrada Escritura quedaría incompleta si no se estuviera también a la escucha de quienes han vivido realmente la Palabra de Dios» (Exhort. ap. postsin. Verbum Domini, 48); y nosotros queremos recordar a los hermanos y hermanas que nos precedieron como protagonistas de esta «tradición profética, en la que la Palabra de Dios toma a su servicio la vida misma del profeta» (*ibid.*, 49). Lo hacemos sobre todo para tomar el relevo.

También hoy, en efecto, con la profesión de los consejos evangélicos y con los múltiples servicios de caridad que ofrecen, están llamados a testimoniar, en una sociedad donde fe y vida parecen alejarse cada vez más una de la otra en nombre de una concepción falsa y reductiva de la persona, que Dios está presente en la historia como salvación para todos los pueblos (cf. *Lc* 2,30-31). A dar testimonio de que el joven, el anciano, el pobre, el enfermo, el encarcelado, tienen, ante todo, un lugar sagrado propio, en su Altar y en su Corazón, y que, al mismo tiempo, cada uno de ellos es santuario inviolable de su presencia, ante el cual hemos de arrodillarnos para encontrarlo, adorarlo y glorificarlo.

Son signo de ello los numerosos "cuarteles de Evangelio" que muchas de sus comunidades mantienen en los contextos más variados y exigentes, incluso en medio de los conflictos. No se van, no huyen, permanecen —despojados de todo— para ser un signo, más elocuente que mil palabras, a la sacralidad inviolable de la vida en su desnuda esencialidad, haciéndose eco, con su presencia —también allí donde resuenan las armas— donde parecen prevalecer la prepotencia, el interés y la violencia— de las palabras de Jesús: «Cuídense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque [...] sus ángeles en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial» (*Mt* 18,10).

Y quisiera detenerme, a este propósito, en la oración del anciano Simeón, que todos recitamos cada día: «Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación» (*Lc* 2,29-30). La vida religiosa, en efecto, con su sereno desapego de todo lo que sucede, enseña la inseparabilidad entre el cuidado más auténtico por las realidades terrenas y la esperanza amorosa en las eternas, elegidas ya en esta vida como fin último y exclusivo, capaz de iluminar todo lo demás. Simeón ha visto en Jesús la salvación y es libre ante la vida y la muerte. «Hombre justo y piadoso» (v. 35), junto con Ana, que «no se apartaba del Templo» (v. 37), mantiene fija la mirada en los bienes futuros.

El Concilio Vaticano II nos recuerda que «la Iglesia [...] no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo [...] en el cual, junto con el género humano, también la creación entera [...] será perfectamente renovada en Cristo» (C. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 48). También esta profecía les ha sido confiada a ustedes, hombres y mujeres con los pies bien plantados en la tierra, pero al mismo tiempo “constantemente orientados a los bienes eternos” (cf. Misal Romano, *Colecta de la Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María*). Cristo murió y resucitó para «liberar [...] a todos los que vivían completamente esclavizados por el temor de la muerte» (Hb 2,15), y ustedes, comprometidos a seguirlo más de cerca, participando de su “anonadamiento” para vivir en su Espíritu (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Perfectae caritatis, 28 octubre 1965, 5), pueden mostrar al mundo, en la libertad de quienes aman y perdonan sin medida, el camino para superar los conflictos y sembrar fraternidad.

Queridas consagradas y queridos consagrados, la Iglesia hoy da gracias al Señor y a ustedes por su presencia, y los anima a ser, allí donde la Providencia los envíe, fermento de paz y signo de esperanza. Confiamos su obra a la intercesión de María Santísima y de todos sus santos fundadores y fundadoras, mientras sobre el altar renovamos juntos la ofrenda de nuestra vida a Dios.

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana



La SANTA SEDE